

“El quehacer del psicólogo” (1806) de Christoph G. Weidenbach: Traducción, contextualización e importancia

Carlos Cornejo

Escuela de Psicología Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, Chile

INFORMACIÓN ART.

Recibido: 2 agosto 2021
Aceptado: 23 febrero 2022

Palabras clave
Christoph Weidenbach,
psicología alemana,
psicología aplicada.

Key words
Christoph Weidenbach,
German psychology,
applied psychology

RESUMEN

Se presenta una traducción íntegra al español del texto *Das Geschäft des Psychologen* (“El quehacer del psicólogo”) del filósofo/psicólogo alemán Christoph G. Weidenbach, publicada en el año 1806 en Heidelberg. La traducción es precedida por una contextualización de la biografía y actividad docente de Weidenbach, así como una exposición de categorías analíticas relevantes para la comprensión del texto. Esta contextualización permite entender la relevancia del texto de Weidenbach pues predefine el oficio del psicólogo y la necesidad de centrar en el concepto de experiencia el objeto de estudio de la disciplina.

“The Psychologist’s Activity” (1806) by Christoph G. Weidenbach: Translation, contextualization and importance


ABSTRACT

A complete translation into Spanish of the German text *Das Geschäft des Psychologen* (“The psychologist’s activity”) published in 1806 in Heidelberg by the philosopher/psychologist Christoph G. Weidenbach is offered. The translation is preceded by a contextualization including Weidenbach’s biographical aspects and teaching activities. Some relevant analytical categories from early 19th century philosophical landscape are introduced for a better understanding of the text. This contextualization underlines the relevance of Weidenbach’s essay as it predefines the profession of the psychologists and the need to focus on the experience as the discipline’s object of study.

Introducción

En 1806 fue publicado el artículo *Das Geschäft des Psychologen: Ein Versuch* [“El quehacer del psicólogo: un ensayo”] por el alemán Christoph Gottlob Weidenbach, profesor de filosofía de la Universidad de Heidelberg. El artículo apareció como parte del segundo volumen de la revista *Studien* [Estudios], una revista filosófica heterogénea editada hasta el año 1810 por Carl Daub y Friedrich Creuzer, profesores

de la misma universidad (v. Fig. 1). Se trata de un artículo breve, de 33 páginas, pero que resulta muy informativo de los debates existentes a inicios del Siglo XIX sobre la naciente disciplina psicológica. Su mayor relevancia, no obstante, no estriba en su aportación teórica, sino más bien en que se trata de una de las primeras definiciones explícitas de las tareas que deberían competir a un psicólogo orientado profesionalmente.

Carlos Cornejo  <https://orcid.org/0000-0001-5426-0025> Escuela de Psicología Pontificia Universidad Católica de Chile. E-mail: cca@uc.cl

ISSN: 2445-0928 DOI: <https://doi.org/10.5093/rhp2022a4>

© 2022 Sociedad Española de Historia de la Psicología (SEHP)

Para citar este artículo/To cite this article:

Cornejo, C. (2022). “El quehacer del psicólogo” (1806) de Christoph G. Weidenbach: Traducción, contextualización e importancia. *Revista de Historia de la Psicología*, 43(1), 29-40. Doi: [10.5093/rhp2022a4](https://doi.org/10.5093/rhp2022a4)

Vínculo al artículo/Link to this article:

DOI: <https://doi.org/10.5093/rhp2022a4>

El objetivo del presente trabajo es entregar una traducción inédita de este artículo histórico (ver anexo 1). Su mejor comprensión, no obstante, requiere un esbozo del contexto histórico e intelectual en el que es publicado. Comenzaré con una reseña biográfica de Weidenbach para luego explicitar categorías teóricas que cruzan el ensayo del autor.

Aspectos biográficos

Christoph Gottlob Weidenbach nació el 17 de septiembre de 1778 en Naumburgo (Sajonia-Anhalt) y murió el 11 de enero de 1843 en Augsburg (Baviera). En 1801 obtuvo su doctorado en Filosofía (Dr. Phil.) en la Universidad de Leipzig y en 1805 su habilitación en la Universidad de Heidelberg. En esta misma universidad impartió docencia en calidad de profesor asociado [*Privatdozent*] y luego, desde el 6 de octubre de 1806, como profesor extraordinario [*außerordentlicher Professor*].

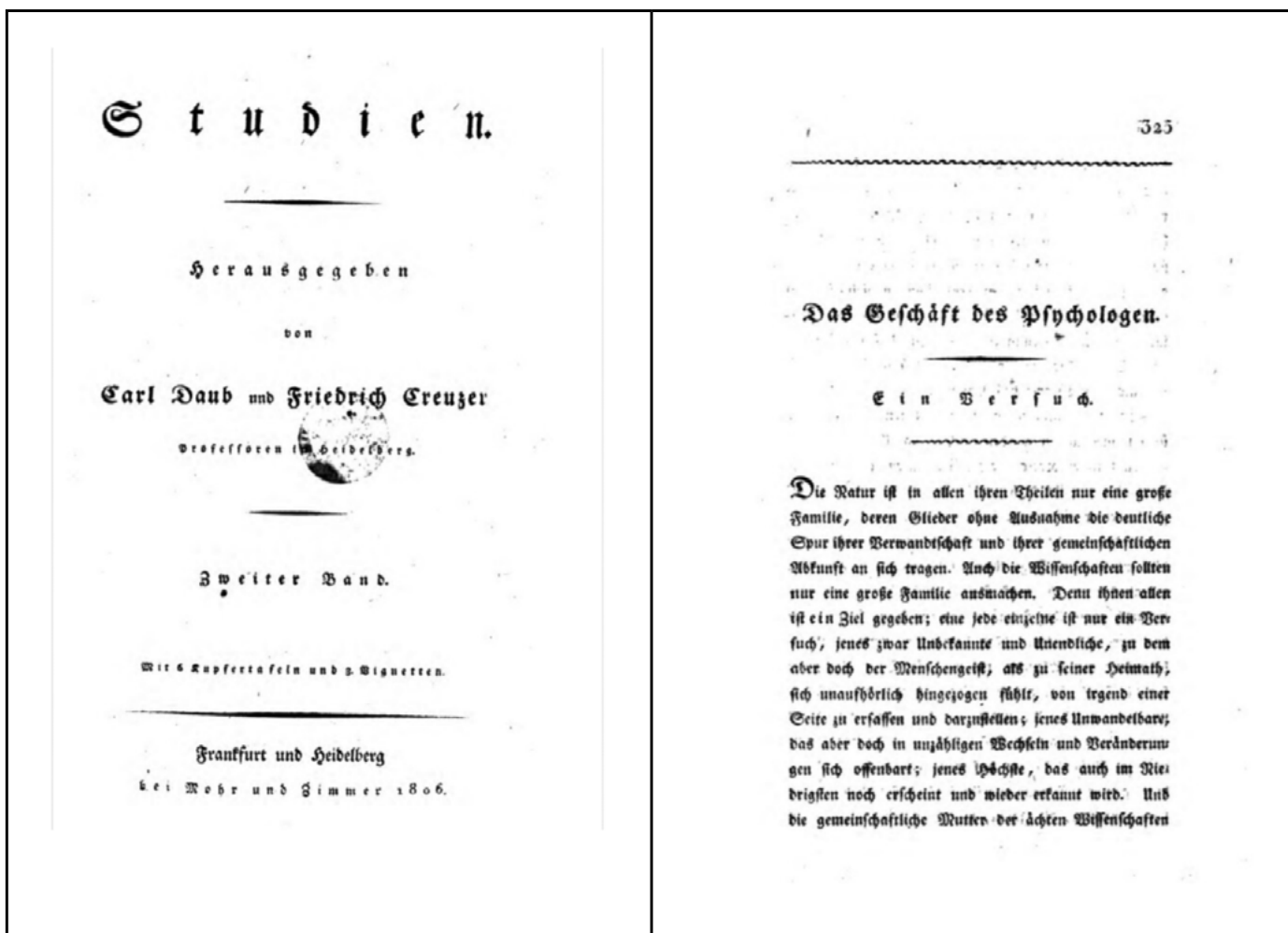
El 12 de agosto de 1807 Weidenbach se casó con Marie Jakobine Barbara Baronesa de Münch y el 6 de octubre de 1807 presentó su renuncia a la Universidad de Heidelberg para continuar una vida de propietario y rentista. El 15 de febrero de 1813 recibió el título

de Noble de Weidenbach [*Edler von Weidenbach*]. En 1816 hizo construir el Castillo de Buttenhausen (v. https://de.wikipedia.org/wiki/Buttenhausen#/media/Datei:Buttenhausen_Schloss.jpg), donde vivió hasta 1834. Ese mismo año compra el Castillo de Hexenagger (v. https://de.wikipedia.org/wiki/Schloss_Hexenagger), donde residió hasta su fallecimiento. Dicho castillo permaneció en posesión de su familia hasta 1951 (Drüll, 2019).

Docencia en Heidelberg

En las listas de cursos del período 1806-1810 del archivo de la biblioteca de la Universidad de Heidelberg consta la participación de Weidenbach durante 4 semestres consecutivos, desde el semestre de invierno de 1805 (Vorlesungsverzeichnisse der Universität Heidelberg WS1805-SS1810.) hasta el semestre de verano de 1807. No obstante, de su acta personal archivada en la misma universidad hay constancia que pidió permiso sin goce de sueldo el segundo semestre de 1806 y que no se presentó en la universidad el semestre de verano de 1807 (Universitätsarchiv Heidelberg, Personalakte 2420). Por lo tanto, la docencia de Weidenbach en Heidelberg se reduce en rigor a dos semestres. Durante ese tiempo, los cursos que ofreció fueron:

Figura 1. Portada del segundo volumen de la revista *Studien* (1806) y la primera página del artículo *El quehacer del psicólogo* de Christoph Weidenbach, contenido en él.



Historia de la humanidad; Historia de la filosofía moderna; Psicología; Explicación de la Epístola a los Pisones (*Arte Poética*) de Horacio; Sobre el estudio académico; Derecho Natural; Los Anales de Tácito; Lógica con ejercicios de discusión; y Filosofía trascendental. El curso de *Psicología* fue impartido en forma continua en el año que ejerció docencia (Semestre Invierno 1805- Semestre Verano 1806), período que coincide con la producción y publicación del ensayo que aquí nos concierne.

Elementos analíticos para la comprensión del *Quehacer del Psicólogo*

El texto de Weidenbach expresa de modo elocuente el debate filosófico de la Alemania de principios del siglo XIX. El artículo aparece durante la expansión del prominente movimiento post-Kantiano llamado *idealismo alemán*, representado, entre otros, por Fichte, Schelling y Hegel, figuras fundamentales de la generación inmediatamente posterior a Kant. Asimismo, el texto de Weidenbach precede a los psicólogos más connotados de la primera mitad del siglo XIX, como Herbart (en Alemania) y Maine de Biran (en Francia)¹. Como otros textos coetáneos, la posición de Weidenbach exhibe naturalmente elementos de la prominente filosofía trascendental de Kant. Al mismo tiempo, se observan en el texto marcados trazos de la interpretación romántica de la *Naturphilosophie* de Fichte. Así, el texto de Weidenbach, como buena parte de la psicología de su época, está marcado tanto por el idealismo trascendental (Leary, 1980) como por el romanticismo (Engel, 2000).

Para ponderar con justeza el peso de Kant en el texto de Weidenbach, y en general sobre la naciente psicología de principios del siglo XIX, es preciso aclarar que la influencia del filósofo de Königsberg es ubicua y se deja sentir a múltiples niveles. Para nuestros fines, es relevante destacar dos de ellos: el nivel metadisciplinario y el nivel disciplinario psicológico. A nivel metadisciplinario, Kant construye una teoría del conocimiento que fundamenta en un sujeto trascendental la constitución del mundo empíricamente cognoscible. Toda ciencia aborda exclusivamente aspectos empíricos del mundo fenoménico. En este sentido, a través del denominado *fenomenalismo*, la filosofía trascendental kantiana asegurará la impresionante expansión de las ciencias naturales a lo largo del siglo XIX. Al mismo tiempo, Kant reserva para la filosofía trascendental un sitio privilegiado por sobre las ciencias empíricas, en tanto es ella la encargada de examinar las condiciones de posibilidad del conocimiento empírico que las ciencias

dan por sentado. Según Kant, el conocimiento fenoménico es posible por la operación de formas a priori (espacio y tiempo) y categorías trascendentales existentes en el sujeto que estructuran los datos sensibles provenientes del “mundo en sí”. Para Kant, no existe otra forma de conocer el mundo sino a través de la estructuración provista por el sujeto trascendental. No hay acceso humano posible a la “cosa en sí”, sino solo al “fenómeno”, que es esa “cosa en sí” una vez ha sido trascendentalmente configurada por el sujeto cognoscente. De esta manera, Kant asegura el imperio de la filosofía sobre lo trascendental (y, por tanto, su posición privilegiada por sobre las ciencias empíricas), mientras que, al mismo tiempo, elimina el escepticismo concerniente al acceso científico al mundo empírico.

Las aportaciones disciplinarias de Kant a la psicología son comparativamente menores² y están enmarcadas dentro del explícito rechazo de Kant a la posibilidad de que una tal disciplina pueda alguna vez convertirse en una verdadera *ciencia*. Una ciencia de la experiencia, según Kant, supondría que su objeto de conocimiento sea parte del mundo *fenoménico*. Pero la experiencia interior sólo puede ser accesa mediante la auto-observación, la que sólo es capaz de capturar aspectos empíricos del *ego*, esto es, el flujo temporalmente (mas no espacialmente) perceptible de pensamientos, sentimientos y voliciones. En consecuencia, buena parte de lo que pudiera ser considerado objeto de estudio de la psicología, cae fuera de lo científicamente pesquisable. Para estudiar esa dimensión no empírica es necesario un análisis trascendental de las condiciones de posibilidad de la experiencia. En virtud de tal análisis, se desprende la existencia de un *ego trascendental* que por un lado hace posible todo conocimiento empírico, pero por otro, yace fuera del mundo fenoménico. Es posible pensar una ciencia del *ego* empírico, pero no del *ego* trascendental. Por lo tanto, la psicología no podrá convertirse nunca en una *verdadera* ciencia.

Retrospectivamente, es claro que la principal influencia de Kant sobre la psicología no provino de sus aportaciones disciplinarias, sino más bien de su enormemente influyente concepción metadisciplinaria acerca del conocimiento humano, que conduce a una clara demarcación entre ciencia y metafísica. Dicho en otras palabras, la incipiente *ciencia* psicológica fue influida más por la definición de cientificidad impulsada por Kant, que por sus contribuciones estrictamente psicológicas.

Muy en la línea kantiana, *El quehacer del psicólogo* defiende el rol de la empiria como el suelo firme desde el cual cualquier disciplina con pretensión de ciencia debe edificarse. Weidenbach es explícito en abandonar la teología del alma y sus antiguas preguntas sobre la naturaleza de la sustancia o la inmortalidad del alma, asuntos que aún cabían en la psicología en buena parte del siglo XVIII. En

¹ El primer texto sobre psicología de Herbart, *Lehrbuch zur Psychologie*, data de 1813 (v. Herbart, 1891), mientras que el *Essai sur les fondements de la psychologie* de Maine de Biran es de 1813 (v. Naville, 1859). Hay un solo texto de Maine de Biran que hipotéticamente pudo haber sido leído por Weidenbach, a saber *Influence de l'habitude sur la faculté de penser* (Maine de Biran, 1802). Sin embargo, en el artículo de Weidenbach no se observan los rasgos característicos de la psicología de Maine de Biran, como la centralidad de la voluntad en la formación del yo (*moi*) como resultado de la resistencia del propio cuerpo (y del mundo exterior) al esfuerzo sentido durante la acción voluntaria. Por otro lado, existe un parecido de familia entre la noción de *sens intime* en Maine de Biran y la de *Erfahrung* en Weidenbach. Sin embargo, tal semejanza nos habla más bien de la influencia que sobre ambos tuvo el idealismo alemán, pues la psicología de Maine de Biran se alimenta de las doctrinas de Kant y muy especialmente por la de Fichte (Windelband, 1957). En Alemania, la importancia de Maine de Biran se deja sentir una generación posterior a la de Weidenbach, por ejemplo, a través del voluntarismo de Schopenhauer.

² El único texto de Kant exclusivamente dedicado a asuntos psicológicos es su tardía obra *Anthropologie in pragmatischer Hinsicht* (1798) [Antropología desde un punto de vista pragmático]. Esta obra, considerada por él mismo como “de divulgación”, carece de la ambición y originalidad de sus tres críticas y presenta un estado del arte de lo que a la sazón era sabido sobre las facultades del alma (que Kant, siguiendo a Tetens (1777), clasifica en *conocer*, *sentir* y *apetecer*), las diferencias entre los cuatro temperamentos, diferencias entre sexos y pueblos. Esta obra no parece tener influencia determinante en la ciencia psicológica naciente, en buena medida porque su psicología está en continuidad con aquella precedente (Tetens, Schmid). El Kant psicólogo nunca alcanzó ni de lejos la relevancia del Kant filósofo (v. Cornejo, 2017c).

este sentido, una de las afirmaciones más importantes del ensayo de Weidenbach es su propuesta de redefinir el objeto de estudio de la psicología desde el *alma* [Seele] a la *experiencia* [Erfahrung]: “La psicología ha reconocido en estos tiempos que su fundamento más seguro se encuentra en la experiencia...[s]e ha desprendido de los razonamientos de tiempos anteriores, a menudo vacíos y siempre estériles, acerca del alma humana...” (Weidenbach, 1806, p. 341). En continuidad con autores pre-Kantianos, particularmente Johann Nicolas Tetens (1777) y Carl C. E. Schmid (1791), Weidenbach situará a la *experiencia* como el objeto de la ciencia psicológica y priorizará como ellos, contrariamente a la doctrina kantiana, la observación cómo método auténticamente científico para el estudio del psiquismo humano. Crucialmente, el método científico incluye también, según Weidenbach, la *autoobservación*: “... todas sus actividades hasta las más internas y profundas, son su objeto, y todos los fenómenos percibidos por el sentido interno tienen importancia para la psicología” (o.c., p. 328). Entendida la *experiencia* de este modo amplio, la psicología puede aspirar a convertirse en una ciencia natural de la mente.

La transformación de la psicología en una ciencia natural a través del foco en la experiencia supone evidentemente su separación de la filosofía (John, 2000). En este aspecto, Weidenbach es también un adelantado: “...debido a que la psicología ha escogido como su suelo seguro la prudente experiencia, siempre abierta al espíritu de la naturaleza, esta ciencia solo puede usar cautelosa y selectivamente las proposiciones de la filosofía para no salir de su área y negarse a sí misma” (Weidenbach, 1806, p. 334). El texto de Weidenbach participa con claridad en la lucha por la emancipación de una psicología empírica de la filosofía trascendental, fijando como horizonte la aspiración de convertirla en una “la ciencia natural del espíritu humano, aunque esté todavía lejos de esa tarea” (o.c., 1806, p. 340).

Por otro lado, *El quehacer del psicólogo* incorpora con notoriedad elementos de la *Naturphilosophie* [filosofía de la naturaleza] de Schelling, que en aquellos años gozaba de enorme popularidad. Entre 1798 y 1806, Schelling publicó una serie de textos programáticos en los que critica la doctrina kantiana sobre la imposibilidad de acceder a la “cosa-en sí”, y por ende, cuestiona la problemática dicotomía cartesiana mente/cuerpo o espíritu/naturaleza, extendida por Kant a través del clivaje sujeto/objeto (Engel, 2000; McGrath, 2012, 2021). En estrecha conexión con el círculo de poetas de Jena, Novalis y Friedrich Schlegel los más notables, Schelling desarrollará una concepción de la naturaleza como un espíritu vivo en continuo desarrollo y dentro de la cual la racionalidad humana consciente no es sino un estadio ulterior de desarrollo, ciertamente no el fundamental (Berlin, 1999; Leary, 1980). La naturaleza es una masa viva de fuerzas primigenias que parten desde la profunda y oscura inconsciencia de las rocas hasta la mente humana, que es el punto donde la naturaleza se hace consciente de sí misma. Esta naturaleza así entendida, en perpetuo desarrollo, es para Schelling lo absoluto. Para poder conocer lo absoluto, es necesario superar la racionalidad del mundo mecánico que es la facultad central en el trascendentalismo subjetivista de Kant. En vez de eso, el filósofo debe cultivar la *intuición poética* de los artistas (Veleva, 2019), esto es, debe sentir dentro de sí la naturaleza vida. La función del artista, especialmente del poeta, es la de sondear en la profundidad de sí mismo aquellas fuerzas primigenias vitales que atraviesan toda la naturaleza y que subyacen latentes y vibrantes

en nuestro inconsciente para luego traerlas a la consciencia a través de la obra artística. Este proceso no es distinto de lo que ocurre cotidianamente en la naturaleza no consciente (erupciones, tormentas y vientos), como tampoco de lo que ocurre en nosotros mismos en estados de inconsciencia, como en los sueños (Engel, 1997).

Si bien la psicología debe basarse en la observación y en la experiencia, Weidenbach insiste repetidamente que “...la observación no puede restringirse a la superficie externa (pues lo exterior recibe su significado completo y correcto solo por lo interior)” (o.c. p.331). De ello se desprende metodológicamente la primacía de la auto-observación por sobre la observación de otros: “...vemos en forma completa y clara solo aquello que también encontramos dentro de nosotros mismos” (o.c., p.329). Weidenbach sugiere que la auto-observación es indispensable para poder entender los actos de la mente ajena: “De modo similar, al psicólogo le es claro el espíritu humano ajeno sólo cuando él sabe encontrar y reconocer algo análogo dentro de sí mismo...El psicólogo sólo entiende la mente ajena en la medida que se entiende a sí mismo” (o.c., p.329). Weidenbach sugiere que la auto-observación, lejos de ser un proceso puramente racional, requiere sensibilidad para percibir las fuerzas vitales que habitan en nosotros. Esta implicancia práctica se sigue de la adscripción de Weidenbach con una visión vitalista de la naturaleza, cuya fuerza compartimos y percibimos a través de la contemplación de la interioridad. En este punto, Weidenbach recupera la atávica noción, ya presente en San Agustín y en Nicolás de Cusa (v. Cornejo, 2017a), del ser humano como *vivum speculum* [espejo viviente] que refleja dentro de sí las variaciones anímicas y mentales ajenas y que posiblemente haya recibido via Leibniz (Herrera Castillo, 2019)³.

Interesantemente, y a diferencia de Kant, Weidenbach sólo en una ocasión usa el término “facultad” (de la mente). En vez de eso, usa profusamente el término “fuerzas de la mente”. Este es un rasgo más de su adhesión a una concepción vitalista del psiquismo. Weidenbach define de hecho a la mente humana como “una totalidad viva, no meramente lógica” (o.c., p.333), a la vez que critica los “manuales de antropología y psicología” (presumiblemente aludiendo al mencionado texto de Kant, v. pie de página 2) pues, si bien son útiles, “es evidente en ellos más un esfuerzo por situar el material empírico acumulado dentro de un marco lógico que un interés por comprender al espíritu humano como una *totalidad orgánica*” (o.c. 333). El carácter orgánico de la mente es consecuencia de su ser parte de la totalidad de la naturaleza. Así, la experiencia interior revela una fuerza primigenia [*Urkraft*] que une íntimamente la mente a la naturaleza: “La misma fuerza que en un sentido es el principio y fuente de toda la vida psíquica, es, en otro sentido, la fuente de lo físico, la fuerza vital de los fisiólogos” (o.c., p.337). Si bien la idea de una *fuerza primigenia* es original de Tetens (1777), los sinónimos que usa Weidenbach (“infinita fuerza cósmica”, “fuerza vital”) sugiere una interpretación afín al vitalismo místico de Schelling. De la misma manera, la descripción

³ Si bien difícilmente Weidenbach haya leído a Giambattista Vico (1668-1744), su entendimiento de la auto-observación se aproxima a la máxima *verum et factum convertuntur* [“Lo verdadero y lo hecho son intercambiables”]. Este principio, fundamental en la teoría de Vico, implica que el conocimiento verdadero sólo es accesible a quien sea el autor/a del objeto a ser conocido (v. Cornejo, 2017a, 2017b).

sublime que hace del trabajo del poeta, así como el carácter orgánico, genético-evolutivo y holístico de la naturaleza sugieren esta afinidad.

Finalmente, tal vez uno de los aspectos más originales de este texto sea la separación de los objetivos de la investigación de la ciencia psicológica del oficio del psicólogo (John, 2000). Weidenbach lo plantea en términos del valor intrínseco de la ciencia, que siempre debe ser prioritario para el científico, y de la “influencia” o “beneficios” que la psicología puede tener. Si bien subraya que la psicología no debe orientarse según “propósitos ajenos”, también señala que es inevitable que todo quehacer científico tenga beneficios prácticos. En el caso de la psicología, éstos incluyen: facilitar el conocimiento; informar a las ciencias morales; ayudar al teólogo, al abogado, al médico; explicar fenómenos psicopatológicos; entre otros.

Observaciones formales

He evitado traducir términos en desuso en el alemán actual por equivalentes contemporáneos, pues eso tergiversaría el sentido original en el que fueron pensados. Esto es especialmente pertinente en la terminología referida al objeto de estudio de la psicología. Traduzco, por ejemplo, *Geist* por “espíritu” (en vez de “mente”) y *Gemüth* por “psiquismo” o “mente”. Confío, no obstante, que la traducción pueda, más allá de los arcaísmos, dejar ver la sorprendente modernidad del texto de Weidenbach.

Por otro lado, las palabras destacadas son exactamente las del original. La división de párrafos y los pies de página (excepto los dos primeros) son los mismos del original. Como explico en un pie de página, aunque contemporáneamente puede parecerme sexista, mantuve la palabra “psicólogo” en el título y a lo largo del texto, pues consideré inapropiado introducir una traducción que impusiera categorías socio-históricas ajenas al original (y posiblemente ininteligibles para un autor de 1806). Creo que es evidente que lo que describe el ensayo involucra actividades que hoy son realizadas por personas de distintos géneros.

Agradecimientos

Mis agradecimientos al Archivo de la Biblioteca de la Universidad de Heidelberg y, en particular, a su directora subrogante, M.A. Sabrina Zinke, por facilitarme el acceso a información sobre Weidenbach. Agradezco también al Prof. Dr. Norbert Groeben por su apoyo a este proyecto. María Asunción Pérez-Cotapos hizo valiosas correcciones a una versión preliminar de la traducción. Finalmente agradezco al Dr. Cristián Hernández Maturana quien generosamente me ayudó a leer el acta personal de Weidenbach.

Referencias

Berlin, I. (1999). *The roots of romanticism*. Princeton University Press.
 Cornejo, C. (2017a). From fantasy to imagination. En B. Wagoner, I. Bresco and S. Awad (Eds.), *The psychology of imagination: History, theory and new research*

horizons, Volume 3 of Niels Bohr Professorship Lectures series (pp. 3–44). Information Age Publishers.
 Cornejo, C. (2017b). The epistemic value of fantasy. En L. Tateo (Ed.), *Giammbattista Vico and the new psychological science* (pp. 191–203). Transaction Publishers.
 Cornejo, C. (2017c). The reenchantment of psychology. En B. Wagoner, I. Bresco and S. Awad (Eds.), *The psychology of imagination: History, theory and new research horizons*, Volume 3 of Niels Bohr Professorship Lectures series (pp. 319–333). Information Age Publishers.
 Drüll, D. (2019). *Heidelberger Gelehrtenlexikon 1803–1932*, [Heidelberg Scholars' Lexicon 1803–1932]. Springer.
 Engel, M. (1997). Träumen und Nichtträumen zugleich. Novalis' Theorie und Poetik des Traums zwischen Aufklärung und Hochromantik [Dreaming and not dreaming at the same time. Novalis' Theory and Poetics of the Dream around Enlightenment and High Romanticism]. En H. Uerlings (Ed.), *Novalis und die Wissenschaften* [Novalis and the Sciences] (pp. 143–168). De Gruyter.
 Engel, M. (2000). Romantische Anthropologie: Skizze eines Forschungsprojekts [Romantic Anthropology: Outline of a Research Project]. In L. Kuchenbuch & R. Schulte (Eds.), *Historische Anthropologie: Kultur, Gesellschaft, Alltag* [Historical anthropology: culture, society, everyday life] (pp. 264–271). Böhlaus Verlag.
 Herrera Castillo, L. E. (2000). Einleitung [Introduction]. En L. E. Herrera Castillo (Ed.), *Äußerung des Inneren: Beiträge zur Problemgeschichte des Ausdrucks* [Expression of the inner: Contributions to the history of the problem of expression] (pp. 1–10). De Gruyter.
 Herbart, J. F. (1891). *Lehrbuch der Psychologie* [Textbook of Psychology]. En K. Kehrbach (ed.), *Johann Friedrich Herbart's Sämtliche Werke* [Johann Friedrich Herbart's Complete Works] vol. 4, (pp. 1–294). Hermann Beyer & Söhne.
 John, M. (2000). Psychologen um 1800: “denn sie sind jetzt nicht mehr so selten wie ehedem” [Psychologists around 1800: “because they are no longer as rare as they used to be”]. In G. Eckardt, M. John, T. van Zantwijk & P. Ziche (Eds.), *Anthropologie und empirische Psychologie um 1800: Ansätze einer Entwicklung zur Wissenschaft* [Anthropology and empirical psychology around 1800: beginnings of a development into science] (pp. 111–131). Böhlaus Verlag.
 Maine de Biran (1802). *Influence de l'habitude sur la faculté de penser* [Influence of habit on the ability to think]. Henrichs.
 Naville, E. (1859). *Œuvres inédites de Maine de Biran* [Unpublished works by Maine de Biran], vol. 1. Dezobry, E. Magdeleine et Cie.
 McGrath, S. (2012). *The dark ground of spirit: Schelling and the unconscious*. Routledge.
 McGrath, S. (2021). *The philosophical foundation of the late Schelling: the turn to the positive*. Edinburgh University press.
 Schmid, C. C. E. (1791). *Empirische Psychologie* [Empirical Psychology]. Cröckerschen Handlung.
 Tetens, J. N. (1913). *Über die allgemeine speculativische Philosophie: Philosophische Versuche über die menschliche Natur und ihre Entwicklung* [On the general speculative philosophy: philosophical experiments on human nature and its development]. Reuther & Reichard. [Originalmente publicado en 1777].
 Universitätsarchiv Heidelberg Personalakte [Heidelberg University Archives personnel file] 2420.
 Vorlesungsverzeichnisse der Universität Heidelberg [Course catalogs of the University of Heidelberg] WS1805–SS1810.
 Veleva, M. (2019). Schelling y el romanticismo [Schelling and Romanticism]. *Aisthesis*, 66, 61–81. <http://dx.doi.org/10.7764/aisth.66.33>
 Weidenbach, C. G. (1806). Das Geschäft des Psychologen: Ein Versuch [The Psychologist's Activity: An Essay In C. Daub & F. Creuzer (Eds.), *Studien*, Vol. 2, pp. 325–358. Mohr und Zimmer. Disponible en: <http://data.onb.ac.at/rep/10B377ED>
 Windelband, W. (1957). *Lehrbuch der Geschichte der Philosophie* [Textbook on the history of philosophy], 15ª Edición. Mohr.t

Anexo 1

El quehacer del psicólogo: un ensayo (1806)*

Christoph Gottlob Weidenbach

Entre todas sus partes, la naturaleza constituye una gran familia cuyos miembros, sin excepción, llevan en sí la marca clara de su parentesco y origen común. También las ciencias deberían componer una gran familia. Pues todas ellas tienen un objetivo; cada ciencia individual es sólo un intento de comprender y representar, desde algún ángulo, aquello que si bien es desconocido e infinito, es a lo que el espíritu humano se siente permanentemente atraído como a su hogar; aquello que es inmutable, pero que sin embargo se manifiesta en innumerables cambios y alteraciones; aquello supremo, que se revela y que puede ser reconocido también en lo ínfimo. Y la madre común de las verdaderas ciencias es la racionalidad, la cual da vida y forma a todas las ciencias. No obstante, la pregunta si algo que lleva el nombre de ciencia es verdaderamente tal cosa no depende de la materia o del objeto que trata (aunque hay materias menos apropiadas que otras), sino más bien del espíritu que anima a la materia, y que le comparte su vida interior. Así, bien puede suceder que un sistema filosófico tenga tan poco de ciencia verdadera como una teoría de la acción.

Sobre todo, en nuestros tiempos, la empiria ha sido mal acogida. Se le ha negado casi por completo el acceso al círculo sagrado de las ciencias, o se le ha concedido solo cuando ofrecía un fundamento que no había sido provisto por el camino de la observación. No obstante, para poder hacer esto manteniendo una cierta distancia, se le negó a la empiria todo lo que tenía de valioso, que muchas veces era evidente, y mediante lo cual pudo haberse elevado al rango de una ciencia. Se pensó a la empiria como sinónimo de una forma inadecuada y trivial de tratar la observación y la experiencia de las cosas dadas. Aquello de lo que algunos indignos particulares eran culpables, le fue imputado a asuntos inocentes. Por otra parte, lo que personas excelsas descubrieron y produjeron de manera puramente empírica a través del tratamiento ingenioso de su materia, esto es, aquellas ideas que se desarrollaron a partir del contacto y roce variados de la mente perceptiva con el objeto de su contemplación, aquella luz que esas ideas irradiaron, todo eso fue o bien ignorado, o bien adjudicado a una cuenta ajena. Ejemplos no faltan.

Pero de entre todas las ciencias empíricas, parece ser que en especial la psicología ha tenido un destino desfavorable. Ha sido muy degradada. Es cierto que ella no puede de manera alguna comparar sus progresos con los de la química o la física. Pero hay dos puntos

que no se deberían olvidar al momento de emitir un juicio. En primer lugar, que solo han pasado algunos decenios desde que la psicología nació como ciencia de la experiencia, mientras que otras ya habían sido cultivadas desde hace muchos siglos. En segundo lugar, el quehacer del psicólogo está sometido a muchas dificultades, de las que el físico y otros científicos nada saben y con las que ellos no son importunados. De ello resulta que el juicio de la ciencia de la experiencia y la determinación de su valor no deberían hacerse solamente en base a lo que ella es ahora, sino también considerando lo que, de acuerdo con su naturaleza y esencia, puede llegar a ser. ¿No deberían acaso poder cultivarse y florecer el trabajo científico del estudio de tal objeto? ¿No es la naciente ciencia del espíritu humano meritoria de un fuerte apoyo?

El quehacer del psicólogo se divide, según la naturaleza de su asunto, en dos secciones. *El psicólogo debe o bien observar y utilizar las observaciones ajenas, o bien debe elaborar científicamente lo observado.*

Todas las ciencias tienen un objeto del que se ocupan. También la psicología lo tiene. Podemos por el momento responder la pregunta por ese objeto de este modo: yacen dentro de su territorio todas las manifestaciones de la fuerza espiritual del ser humano, en tanto ellas puedan ser observadas y, por lo tanto, pertenezcan a la experiencia. *La totalidad de la mente humana, vale decir, la totalidad del espíritu humano en todos los momentos en los que alguno de sus aspectos se manifiesta, en todas sus actividades hasta las más internas y profundas, son su objeto, y todos los fenómenos percibidos por el sentido interno tienen importancia para la psicología, a veces mayor, a veces menor.*

El psicólogo puede sin embargo acceder al espíritu humano desde distintas vías y no debe desatender ninguna de ellas. Debe conocerlas todas y saber valorarlas: pues lo que él encuentre a través de cada una de ellas no es de la misma utilidad ni del mismo valor para sus objetivos.

Todo el trabajo del psicólogo debe, sin embargo, partir desde el *propio espíritu*. Podemos aprender muchas cosas de memoria. Podemos compactar ciencias enteras en fórmulas y expresiones, para luego verterlas de diversas maneras y producir tanto en nosotros mismos como en otros la impresión de que las comprendemos. Pero solo comprendemos --tomada esta palabra en su sentido verdadero--, esto es, vemos en forma completa y clara solo aquello que también encontramos dentro de nosotros mismos, aquello que podemos producir nuevamente dentro de nosotros mismos. Quien, por lo tanto, no reconstruye dentro de sí mismo las figuras de la geometría pura, quien no puede volver a crearlas desde cero, no las *entiende*. Quien no despierta en sí mismo los variados hechos y acontecimientos que constituyen la historia, quien no está en condiciones de revivir y volver a actuar lo que ha pasado, aun cuando tenga todo en su memoria, no *entiende* la historia. Para ese alguien el espíritu de la historia permanece oscuro. De modo similar, al psicólogo le es claro el espíritu humano ajeno sólo cuando él sabe encontrar y reconocer algo análogo dentro de sí mismo. El psicólogo sólo *entiende* la mente ajena en la medida que se *entiende* a sí mismo. -- Pero es claro también que la observación de la propia interioridad tiene mayor importancia y prioridad por sobre la observación de cualquier mente ajena. La afirmación de que el ser humano puede conocer mejor a los otros que a sí mismo sólo puede entenderse bien tomando en consideración los errores que produce el amor a sí mismo y el egoísmo, pues, por

* Traducción: Carlos Cornejo.

* [Nota del traductor] A lo largo del texto, traduzco literalmente el sustantivo masculino *Psychologe* usado por Weidenbach. Aclaro que esto obedece a la cautela de evitar el presentismo y, por consecuencia, tergiversar el contexto sociohistórico del autor. No obstante, en lectura contemporánea debiera ser evidente que todo lo que Weidenbach describe en su ensayo compromete la actividad de cualquier persona que ejecuta el rol de psicólogo, independiente de su género.

el contrario, los fenómenos y manifestaciones de la propia mente pueden ser objeto de atención en cualquier momento, tantas veces como queramos y según nos parezca oportuno. Les podemos dar seguimiento con una velocidad y certeza que no son posibles fuera de los límites de la auto-observación. Solo en ésta no se nos escapan aquellos finos matices y transiciones, ni las maravillosas mixturas y similitudes de las fuerzas psíquicas que tanto interés despiertan en sí mismas y que tanta importancia tienen para los psicólogos agudos. Y cuando existe un punto en la mente humana donde toda visión se pierde, donde observación alguna es ya posible, donde comienza la *ininteligibilidad*, allí solo a la auto-observación le es concedido penetrar en aquel punto y determinar sus límites.

Pero no se debe descuidar la observación de los otros, pues los frutos que aporta este tipo de observación son ricos y variados cuando ésta no prescinde del fundamento seguro que le otorga la auto-observación. La naturaleza humana es inagotable en formaciones siempre nuevas, tal como lo es la infinita fuerza cósmica, donde ella tiene su origen y de la cual es una imagen.

No hay nada en la naturaleza humana que ya estuviera allí y que, al mismo tiempo, tenga su propio carácter y que lo dé a conocer como su esencia peculiar. Por lo tanto, el *alcance* y *extensión* del conocimiento de la naturaleza humana que el psicólogo adquiere por medio de la observación de los otros y cuya profundidad se nutre primordialmente de la auto-observación, en tanto existan otros seres humanos, no será escasa en nuevos aspectos y fenómenos que se manifiestan en otras personas. No hace falta recordar que también en este caso la observación no puede restringirse a la superficie externa (pues lo exterior recibe su significado completo y correcto solo por lo interior) y que una observación que incurra en este error es aún peor que si no hubiera observación alguna.

Para ampliar y perfeccionar su conocimiento del espíritu humano, el psicólogo puede además recurrir a lo que otros previamente supieron y conservaron sobre éste. Existen *colecciones* de, así llamados, materiales psicológicos, y no en poca cuantía. ¡Si tan solo fueran todos valiosos! Frecuentemente leemos en ellos una cantidad de relatos sobre orates, soñadores, sonámbulos y enfermos mentales, sobre criminales y gente anormal, con explicaciones adicionales de aspectos llamativos e inusuales. Sin embargo, considerando que toda explicación psicológica, de la libertad humana (o, si se quiere, debido al albedrío humano y su naturaleza) puede ser igualmente verdadera o falsa, la observación de la naturaleza humana enferma o defectiva puede meramente cumplir un servicio negativo y muy restringido. El físico y el químico no incluyen fácilmente lo defectuoso y lo descompuesto en sus experimentos. Casi se podría haber llegado a la conjetura que la naturaleza humana sana ya hubiera sido observada en forma suficiente y analizada exhaustivamente hasta la pureza en todo su alcance y completa profundidad⁶. En estas colecciones también encontramos teorías sobre las fuerzas del espíritu humano.

⁶ Pero, ¿Qué debe decirse si bajo la etiqueta "Ciencia de la experiencia anímica" se narran todo tipo de anécdotas, como la de un hombre que es arrastrado por la pasión hasta perder la razón y que, tal vez debido a los celos hacia su mujer y su amigo, descubre un crimen que los tres cometieron y cuyo descubrimiento los llevará a todos a la muerte? Hay otros ejemplos similares. La psicología sería algo muy malo si estuviera llena y fuera sostenida por este tipo de cosas.

Con éstas sucede algo muy parecido. Son deficientes e imprecisas. Deben ser así pues lo particular sólo llega a conocerse en relación con el todo y sólo recibe su significado correcto a través del todo. Pero la psicología está todavía lejos de ser un todo o, dicho con otras palabras, la psicología está todavía lejos de haber representado al espíritu humano como una totalidad viva y no meramente lógica. Además, el todo no nace de lo particular, sino más bien lo particular nace del todo y sólo de él. No obstante, no debemos olvidar que en aquellas colecciones también hay mucho material de calidad, útil y pertinente, el cual, si bien debe ser buscado fatigosamente, siempre compensa el esfuerzo.

Sobre todo, los *manuals* de antropología y psicología le pueden ser muy útiles al psicólogo para la corrección y expansión de sus conocimientos. Pues en estos *manuals*, tales conocimientos son presentados como algo completo y realizado. De hecho, no puede negarse que en ellos se encuentra mucha investigación básica y muchas opiniones esclarecedoras. Algunos aportan mucho, incluso considerando el tiempo en el que fueron publicados. Su calidad puede y debe ser aprovechada aún hoy. No obstante, es evidente en ellos más un esfuerzo por situar el material empírico acumulado dentro de un marco lógico que un interés por comprender al espíritu humano como una *totalidad orgánica* mediante una observación realizada con *sentido de la naturaleza*, y de esa forma, *entregar una aprehensión clara de la vida interior*. Esto revela que ése es precisamente su objetivo central.

También *filósofos* contemporáneos y precedentes han aportado mucho en sus escritos sobre el espíritu humano, pues éste siempre ha sido objeto principal de sus investigaciones. Incluso Kant, con poderosas razones, sostuvo que el ser humano debiera conocer primero a la persona que filosofa, antes que pueda proceder él mismo (o ella misma) a filosofar con seguridad. Sin embargo, existe siempre una brecha entre el filósofo y el psicólogo. Ambos arriban a sus afirmaciones sobre el espíritu humano por caminos muy distintos. Es cierto que, como estoy convencido, habrá de llegar el momento en que ambas disciplinas, una vez que sean entendidas como empresas diferentes, lleguen a resultados, si no idénticos, al menos compatibles y compongan una relación armoniosa. Pero, debido a que la psicología ha escogido como su suelo seguro la prudente experiencia, siempre abierta al espíritu de la naturaleza, esta ciencia solo puede usar cautelosa y selectivamente las proposiciones de la filosofía para no salir de su área y negarse a sí misma.

Un rico e inagotable campo se le abre al psicólogo a través del estudio de las *obras poéticas clásicas* de naciones antiguas y modernas. En su sacra inspiración, al poeta se le revela lo supremo, lo más profundo y lo más íntimo. Lo que otros sólo consiguen con esfuerzo y laboriosidad, y que muchas veces solo logran imperfectamente, se desarrolla libre y vigorosamente en el ámbito poético. Si existe una escucha atenta, si existe un presentimiento del espíritu del mundo, nadie lo tiene con tal poder ni con tanta nitidez como el poeta.

Es posible que otros hayan observado más a los seres humanos y desde un mayor número de puntos de vista; es posible que hayan obtenido un conocimiento más amplio de las costumbres de las personas, de sus expresiones, niveles y tipos de formación. Pero siempre las observaciones más profundas en la esencia de la *naturaleza humana* se las debemos a los poetas. ¿Quién no obtiene la imagen más nítida posible de la verdadera naturaleza femenina a

través de la *Ifigenia* de Goethe? Este hecho no puede ser ignorado, aún considerando todos los textos que se han escrito acerca de la mujer, por valiosos y útiles que éstos sean. Esta aprehensión significativa, esta completa descripción, esta certera representación de las relaciones *puramente humanas* y de los múltiples aspectos que manifiestan la sana naturaleza humana de modo puro, aun no desfigurada por convenciones y costumbres sociales, es o bien completamente omitida, o bien insuficientemente atendida por el psicólogo. No se objete que estoy aquí idealizando al poeta. El ideal del verdadero poeta es sólo expresión e imagen de la naturaleza más pura y verdadera. ¿Y no queremos acaso también en la psicología acceder a través de lo individual a la naturaleza pura y verdadera?⁷

También debemos aquí mencionar a los historiadores, cuando ellos son más que meros relatores, vale decir, cuando en ellos se une el historiador, el filósofo y el poeta, como en Tucídides y Tácito. En sus textos se encuentran muchas opiniones certeras sobre el psiquismo humano y miradas exquisitamente agudas sobre el carácter de las personas extrañas.

Se le pide al psicólogo estudiar el espíritu humano en forma *pura*. Si bien la exigencia es necesaria y es justa, no debe ser malentendida. El psicólogo debe separar y excluir de sus investigaciones todo aquello que no sea psíquico y que no provenga del espíritu, para no confundirse o desorientarse y, de ese modo, poder proceder de manera científicamente precisa. Pero el psicólogo no puede hacer un uso equivocado y tendencioso de este proceder. Nunca debe olvidarse de observar el espíritu en su relación completa con el cuerpo, pues solo así podrá observar realmente una mente humana y no caer en un razonamiento vacío o en pedanterías lógicas. Pues mente y cuerpo no son dos cosas separadas, cada una independiente de la otra, que se ensamblan y conectan, formando la criatura que llamamos ser humano. Tampoco es el caso que la persona se componga de cuerpo y mente, sino más bien cuerpo y mente existen a través de la persona. Para decirlo con otras palabras: la misma fuerza primigenia que en una dirección se formó como espíritu con todas sus facultades, se formó, en otra dirección, como cuerpo, con todo lo que a él pertenece. La misma fuerza que en un sentido es el principio y fuente de toda la vida psíquica, es, en otro sentido, la fuente de lo físico, la fuerza vital de los fisiólogos. Por esa razón, no hay una línea divisoria entre espíritu y cuerpo --como tampoco nadie ha podido trazarla-- sino que más bien solo una transición entre ambos. Fluyen el uno hacia el otro en todos sus puntos. El psicólogo no puede por lo tanto ocuparse de investigar la vida física y sus manifestaciones a través de nervios, músculos, u otros similares. Menos aún puede el psicólogo pretender explicar la vida psíquica a partir de lo físico, como, por ejemplo,

explicar impresiones y sensaciones, representaciones y pensamientos a partir de los nervios del cerebro, puesto que de esta manera nada podrá ser explicado. Pero, por otro lado, tampoco el psicólogo debe olvidar jamás que debe dirigir su mirada permanentemente a aquello que, en la realidad, nunca está separado de las manifestaciones del espíritu y que se encuentra en un ininterrumpido paralelismo con éstas.

El psicólogo debe observar el espíritu humano también en su relación con el resto de la naturaleza. Nada que exista, existe solo. Todas las cosas se entrelazan hacia todas las direcciones en innumerables transiciones. A través de una larga secuencia de niveles, la fuerza se eleva por individuos, especies y géneros, desde las piedras hasta el ser humano. Ella se ennoblece en la medida que levanta consigo a la materia, que la compone y a través de la cual existe, y la depura. Todas sus modificaciones y crecimientos remiten a la infinita y cambiante fuerza del cosmos, sus componentes y afluencias. Separar e individualizar la fuerza espiritual humana de la naturaleza, omitir completamente las impresiones y formaciones de esta última, conducirá necesariamente a *sesgos* y a resultados deficitarios. No obstante, la naturaleza ha sido demasiado considerada como masa muerta y muy poco en su dimensión espiritual como para que las analogías entre ella y la actividad del espíritu humano puedan tornarse fácilmente visibles. Por medio de tales analogías, si alguien las hubiera notado, sería más fácil entender el espíritu humano y sus verdaderas relaciones, que lo que ha sido el caso hasta ahora. No hay necesidad, sin embargo, de recordar que las analogías entre el espíritu humano y el resto de la naturaleza deben ser usadas con cautela, pues, si se las considera aisladamente, no aclaran ni definen nada. No puede negarse que el pensamiento corresponde a un proceso químico y que la afectividad en el espíritu humano corresponde precisamente a la temperatura en la naturaleza. Pero avanzaríamos muy poco si dijéramos que el pensamiento es una descomposición química y el sentimiento es temperatura y nos detuviéramos ahí, o simplemente repitiéramos lo mismo con otras palabras. Pues en tal caso lo que es esencial a la naturaleza humana en el pensar y sentir, lo que define su modo particular de proceder, que constituye su carácter y que la distingue de todo lo demás, no podría ser abordado en lo absoluto y simplemente no podría ser observado. Este hecho, sin embargo, no exime al psicólogo de la necesidad de utilizar los resultados de las ciencias, si éstos se han obtenido con espíritu y destreza, y de no perder nunca de vista la orientación que ellas proveen. También la psicología debe convertirse en una ciencia natural, la ciencia natural del espíritu humano, aunque esté todavía lejos de esa tarea. Además, la mente humana no está libremente expuesta a la mirada observadora y no puede ser colocada en situaciones artificiales muy diversas como sí ocurre con los objetos de otras ciencias naturales. Los practicantes de éstas pueden hacer experimentos, el psicólogo no. La mente humana no se deja manipular como sí lo hace un cristal que se puede quebrar en muchos trozos para ver la trayectoria de sus láminas o que se puede diluir químicamente para identificar sus componentes. La mente no puede, como lo podría exigir el objetivo de un experimento, evaporarse, o descomponerse, o desmantelarse, o transformarse en una nueva formación. El psicólogo solo puede estar plenamente atento y permanentemente dispuesto a usar con previsión y prudencia las diversas situaciones, estados y condiciones

⁷ Un trabajo muy útil y altamente interesante para aquellos investigadores que combinan su amor por la antropología con conocimientos filológicos sería revisar poetas griegos y también algunos romanos para extraer de ellos sus perspectivas sobre la naturaleza humana, tal como aparecen en sus imágenes, descripciones, pensamientos, sentimientos y acciones. Evidentemente esto debiera hacerse con imparcialidad y sin presuponer los criterios de algún sistema en particular. Pero el beneficio sería grande. También podría hacerse esto con los historiadores antiguos, aunque mucho menos con los oradores.

de la mente, cuándo y cómo se presentan, en sí mismo y en los demás. Por esta razón, el psicólogo no debe olvidar que los experimentos de las otras ciencias de la naturaleza le han permitido mirar de manera sorprendente y profunda la esencia de la naturaleza, abriéndole así muchas perspectivas nuevas para el espíritu humano e iluminando muchas cosas oscuras.

Ya de lo dicho hasta ahora no habrá quedado oculto de qué tipo y naturaleza debe ser la observación y experiencia del psicólogo. La psicología ha reconocido en estos tiempos que su fundamento más seguro se encuentra en la experiencia. Se ha desprendido de los razonamientos de tiempos anteriores, a menudo vacíos y siempre estériles, acerca del alma humana, acerca de su simplicidad, de su conexión con el cuerpo, sus operaciones, o incluso su inmortalidad. La psicología ha comprendido que su salvación sólo se puede encontrar en una observación sana y clara y se ha aferrado con seriedad y firmeza a tal observación. Lo que hay de bueno en ella hasta ahora, se debe a este principio. ¡Que nunca lo niegue! Que la observación nunca deje de ser el suelo en el que se desarrolla. Pero por necesaria y ventajosa que sea la observación, la psicología confundiría completamente su esencia si la experiencia que trata se convirtiera en algo meramente palpable y su observación no pudiera ir más allá de lo que el ojo ve y lo que el oído oye. La observación aporta el material. En qué se convierte este material, es, sin embargo, un asunto del ser humano: Si permanece inerte como masa bruta o si se convierte en luz, en ideas poderosas y en semilla de una vida esplendorosa. La ordenación de este material en determinadas áreas, separar lo diferente, la construcción de un marco lógico no lo permitirá. Haciendo eso no se obtendrá vida. La razón transfiere con mucha facilidad las leyes y la naturaleza de su propio pensamiento a objetos extraños. Para que la materia se convierta en algo, para que sea útil para los propósitos de la ciencia, el ser humano debe ser capaz de captar y comprender las sutiles pistas e indicaciones de la materia, y hacerlo con su propio espíritu interior. Se ha llegado incluso al extremo de desterrar de la psicología no sólo toda conclusión sobre lo observado, sino también aquello que a menudo sólo puede percibirse en el propio interior. Sin embargo, en la práctica era imposible seguir exactamente lo que prescribe una teoría de ese tipo. Sin duda esas máximas, que desafortunadamente están incluidas en la teoría sobre el arte de la observación, son en gran medida la causa por la que aún existan tan pocas investigaciones sobre la esencia del espíritu humano, pues ésta sólo puede conocerse a partir de sus diversas manifestaciones y exteriorizaciones. Estas máximas son también la causa de que lo más sublime de la naturaleza humana, su libertad, su tendencia a lo supremo y su orientación en dirección a lo ideal, hasta ahora casi no hayan sido tomados en consideración por las psicologías. No obstante, son precisamente esas fuerzas su rasgo más distintivo. Uno no accede a una verdadera mente humana sin considerar esta tendencia a lo divino y su desarrollo con el resto del espíritu. Pero, ¿No son acaso estas tendencias algo externo a la experiencia? Esta es una opinión preconcebida bastante peculiar. ¿Quién no ha experimentado o percibido en sí mismo esta aspiración a lo supremo? (Aquí no hablamos solamente de religión y virtud, pues también la verdad y la belleza pertenecen a lo supremo, pues todas tienen una fuente común). ¿Quién no ha encontrado alguna vez en su satisfacción el placer más maravilloso? Pero no parece ser notable en todos los

seres humanos; parece como si no fuera una característica de todo el mundo. ¿Quién puede despojar a una persona de esta tendencia? ¿Y quién no la ha encontrado transformada en una poderosa fuerza en algunas situaciones? El desarrollo estancado y reprimido es una deficiencia, una enfermedad (pues el sano siente todas las necesidades que la naturaleza tiene) que no se le puede imputar a la naturaleza humana misma. Casi más preocupante que ignorar la disposición humana a lo suprasensorial es el hecho que la psicología ha evitado hablar sobre la libertad. Apenas se ha atrevido a hablar de ella y solo para indicar que de ella nada se puede decir. Se dice que, la libertad no es en lo absoluto objeto de la experiencia, pues de ella nunca existe una manifestación exterior. Incluso si nos inclináramos a suscribir esta última afirmación, y con la condición de que no restringimos la libertad a la libertad moral propuesta por la escuela kantiana, la ubicuidad del libre albedrío nos lo impediría, pues éste también en la cotidianidad se ofrece muy frecuentemente a la observación. No se puede negar que el ser humano a menudo es impulsado solo por sus tendencias y pasiones. Pero no siempre el ser humano obedece a las pasiones más fuertes y violentas, aunque debería someterse a ellas si no dispusiera de albedrío. ¿Quién no ha visto alguna vez a personas con afecto agitado que repentinamente se moderan y hacen lo que el afecto no mandaba? ¿Cómo existe esa posibilidad de autodominio sin albedrío? De esa manera se pueden adicionar aún muchos otros ejemplos similares. Que no se objete que la existencia de esta libre elección no se observa, sino que se deduce. Pues lo mismo podría objetarse de todas aquellas facultades y fuerzas del espíritu humano cuya existencia sólo reconocemos en sus efectos. Ya hemos visto en lo precedentemente dicho que las experiencias psicológicas no pueden restringirse a las manifestaciones externas observables en otros individuos y que, por el contrario, el observador debe también volver su mirada a su propio interior. En su interior, la persona no puede sentirse realmente sin libertad, pues allí ella la intuye, en cualquier sentido que querramos definirla, cuando la persona en momentos de tranquila contemplación de alguna manera se da a conocer a sí misma frente a sí misma. Entonces la consciencia interior de la libertad será segura e inmutable. Si se piensa en un psicólogo a quien no le basta reunir superficialmente algunas manifestaciones o hechos de la vida y actividad humanas de aquí o de allá y ordenarlas lo mejor posible; ese psicólogo más bien siente la necesidad de penetrar de forma cada vez más profunda en la esencia de la vida espiritual y, si le es posible, busca obtener una visión completamente clara y satisfactoria de esa esencia. Un investigador de ese tipo se topará en cada momento con la libertad, la encontrará en todas partes y volverá siempre a ella. Por el contrario, si a un psicólogo así se le impone la restricción de no tener ningún acercamiento a la libertad, deberá retirarla con violencia toda vez que se encuentre con ella. Pero, ¿Qué es el ser humano sin la libertad que le permite sustraerse al influjo coercitivo de las cosas sensibles y sin su tendencia a lo sublime, a través de la cual él adquiere ciudadanía en el mundo sensible?

Si se toma en consideración la tendencia de la mente humana hacia lo suprasensible, lo superior y la libertad, no se debe temer una confusión y mezcla de la psicología con otras ciencias, sobre todo con la moral y la filosofía teórica (Ciencia de la Virtud, Ciencia de la Verdad). Sin lugar a dudas, la separación de las ciencias y la fijación de sus propios y verdaderos ámbitos dentro de los cuales

cada cual debe trabajar, resultan ser por sí mismas tan ventajosas y tan necesarias que cualquiera que en sus trabajos e investigaciones se ocupe del crecimiento y enriquecimiento de su disciplina, cuidará con celo y determinación estos límites como una ganancia de nuestros tiempos. Por esta razón, ya no tratamos de psicología o de antropología cuando tratamos sobre moral y no introducimos en ellas todo tipo de prescripciones para una vida virtuosa. Evidenciar las fuerzas del ámbito psíquico, que son la fuente de todo lo superior y de toda la dignidad del ser humano, no constituye aún una ciencia de la virtud ni una ciencia de la verdad; tampoco es un ámbito de otras ciencias que le ha sido prestado a la psicología, sino que pertenece propia y exclusivamente a la ciencia de la mente humana. Pero así como los objetos de dichas ciencias están emparentados y se relacionan entre sí de variadas maneras, así estas ciencias deben interactuar, sin por ello perder su individualidad. Así que para poder desterrar justificadamente de la psicología las doctrinas de la libertad y de la disposición a lo supremo, habría que negar esos dones divinos a la naturaleza humana, lo que no es ningún arte desde el punto de vista del mero razonamiento y del escepticismo, o bien restringir la investigación psicológica a una observación externa que desprecia cualquier intromisión más profunda, o incluso, sostener que la psicología no debe abarcar *toda la naturaleza espiritual* del ser humano. Si uno se inclina a aceptar esta afirmación, podría, por ejemplo, querer establecer que la antropología es la ciencia que da cabida a aquellas doctrinas. Si miramos el significado verdadero de ambos términos, sin detenernos a pensar en qué cosas distintas han sido referidas con ellos, la antropología es la disciplina de la *naturaleza del ser humano en general*, mientras que la psicología es la disciplina de la *naturaleza psíquica* del ser humano. Ahora bien, uno puede entender la antropología de la perspectiva que uno quiera, pero una cosa será siempre cierta: la *libertad* y la *razón* (la fuerza absoluta de lo supremo) son la esencia más íntima de la naturaleza espiritual del ser humano y ellas no pueden ser escindidas de la antropología, como tampoco lo pueden ser de la naturaleza misma del ser humano. La psicología desconocería completamente sus *límites* y su *singularidad* si no las toma en consideración.

Por lo demás, está claro que el quehacer del psicólogo no puede ser considerado como uno de los más fáciles. Pero casi no es posible decir eso, pues parece como si cualquiera que no tenga acceso a ningún otro lugar, tiene no obstante el atrevimiento de trabajar en la psicología. Pero no podemos negar nuestro agradecimiento a los investigadores que desde hace un par de siglos han comenzado con amor y talento a construir la ciencia del espíritu humano, aún cuando no hayan obtenido resultados completos (lo que no es posible para ningún ser humano), por su esfuerzo en trabajar en una ciencia cuyas dificultades, tan pronto cuando se las capta correctamente, por lo menos no son menores que las de todas las demás ciencias. Podemos ahora mirar al objeto o a sus investigadores.

Hubo tiempos en los que a las ciencias solo se les concedía valor en la medida que tenían influencia sobre la vida común y aportaban beneficio al Estado. Mientras mayor era esta influencia, más alta era la consideración de la ciencia y más recomendable era la ocupación en

esa ciencia. No se deseaba otra medida. Como consecuencia, el estudio de las obras clásicas de culturas antiguas fue desatendido y descuidado, pues poco podían aportar a la economía y a la industria. La enseñanza de la religión y la virtud eran comprendidas sólo como un medio para formar buenos y diligentes ciudadanos. La física y la matemática debían ser ejercitadas sólo porque podían aportar herramientas para la promoción de las comodidades de la vida y de obras útiles. Debido a que se partía del supuesto del beneficio práctico, nunca se descuidó la búsqueda de todo lo que una ciencia pudiera ofrecer como influencia beneficiosa, para darla como recomendación. La voz de aquellos pocos que querían salvar *el valor propio* del trabajo científico fue opacada y nunca escuchada. Hasta que finalmente un mejor espíritu se alzó y un número mayor de gente vio y reconoció que había una vida superior a la común; que esta última solo es una condición para lo superior y que una vida orientada a la verdad, la religión y la virtud corresponde a la más alta determinación del ser humano. También el trabajo científico recupera aquí su valor, en cuanto a sus esfuerzos por alcanzar el reino de la verdad. Pero tan pronto como las ciencias defienden su valía propia y esencial, resultaría extraña la afirmación contraria de que no aportan beneficio alguno, o incluso, de que no deberían aportarlo. Si bien la influencia (que bien se podría llamar "utilidad", si esta palabra no tuviera un sentido peyorativo) de los esfuerzos científicos no puede ni debe ser su *propósito superior*, la influencia práctica será su consecuencia, esto es, su *necesaria consecuencia*. Cada ciencia --también la matemática y la filosofía-- se inmiscuye en la vida y en las condiciones de los seres humanos. Y se inmiscuye aún cuando se lo desee evitar. Del mismo modo, no hay una fuerza que no tenga efectos y, por lo mismo, cada ciencia tiene su influencia o su utilidad. Se debe entonces decir: La influencia de una ciencia se limita a su efecto sobre las cosas cotidianas.

También a la psicología se le puede endosar una serie de propósitos ajenos. Ella puede ser el fundamento o el instrumento de desarrollo o de facilitación del conocimiento humano, sea lo que sea que uno entienda por éste. Ella puede informar a la moral, sobre todo a la moral aplicada, acerca de las reglas para el dominio de las pasiones y muchas conclusiones sobre las similitudes de fuerzas del espíritu y sus cambios. Ella podría ser muy útil al teólogo en su función de predicador, al abogado en sus defensas y acusaciones de un inculpado, al médico en su forma de influir la mente del cuerpo enfermo y en la curación de los dementes. Ella podría servir para explicar los fenómenos inusuales y extraños de la mente humana, como también podría enseñar a las personas a conducirse a sí mismas de acuerdo con sus propios planes e intenciones de la mejor manera. Todo eso y mucho más se podría mencionar para lograr que la psicología tenga mayor valor y mayor influencia. Probablemente con ella se obtendría mucho más de lo que hasta ahora ha sido el caso. Es claro que la psicología interviene de modo muy variado en otras ciencias y en la vida. Mientras más se acerque a convertirse en una verdadera ciencia natural del espíritu humano, la intervención de la psicología ganará proporcionalmente mayor fuerza y verdad y la unión entre psicología y vida será cada vez más íntima y firme. Pero este influjo de la psicología sobre la vida y sobre otras ciencias no puede definirse como el propósito de su existencia, de la misma manera como tampoco puede afirmarse que la mente humana existe debido a las cosas que la rodean y que éstas contengan el propósito de su existencia.

Una necesidad de la mente humana, fundada en su esencia, es el ocuparse científicamente, elaborar como espíritu pensante aquello que la naturaleza le presenta a su alrededor y estimula su mirada. La mente humana no puede librarse de esa necesidad, no puede desentenderse voluntariamente de ella sin renunciar al mismo tiempo a lo más elevado y denigrarse a sí misma. A través de la necesidad de trabajo puramente científico el interés en la naturaleza se funde en un todo y todas sus formas se compenetran recíprocamente. Nadie desmentirá que la naturaleza puede despertar un interés puro por sí misma. Ella es acaso la manifestación de una fuerza primigenia infinita, obra y forma del espíritu cósmico eterno, que solo puede ser conocido a través de sus obras y formas. Lo Uno se revela, no obstante, en cada una de sus ramas y vástagos. Si bien es inefable e infinito, no elude por completo a la mente honestamente esforzada. Así se produce el fenómeno frecuentemente negado de que también las ciencias empíricas, cuyo objeto de estudio es la naturaleza, pueden conducirse *ellas mismas y sin propósitos ajenos*. También en el psicólogo existe esa tendencia hacia la unidad de la ciencia a partir de su interés en la naturaleza espiritual del ser humano. El psicólogo desea satisfacer esa necesidad y su ciencia, la psicología, no desea nada más que *ser y llegar a ser* (realizarse), en la medida que intenta obtener una posición dentro del resto de las ciencias. Por eso es necesario observar con atención que la consecuencia y el efecto de una ciencia son cosas muy distintas del propósito de quien trabaja, y que efecto y propósito no deben ser nunca confundidos. El propósito es siempre de alguien. Ser y llegar a ser, donde sea que se conceptualicen, son opuestos necesarios, que solo están uno dentro del otro y confundidos entre sí. No existe ser sin llegar a ser y no existe llegar a ser sin ser. Consecuencias y efectos, sin embargo, pueden ser innumerables. Ahora bien, si el psicólogo quisiera dejar guiar su trabajo por consideraciones externas, por ejemplo, las de los moralistas, o del médico psiquiatra o del hombre de negocios o de otros más, se extraviaría en mayor o menor medida en cada uno de estos casos. Por cierto, sus esfuerzos guiados por un interés puramente psicológico siempre están en cierta medida mezclados con intenciones más o menos heterogéneas. Pero si el psicólogo desea trabajar guiado por un interés ajeno, desconocería completamente la esencia propia de su quehacer. Éste consiste solamente en *entregar una representación verdadera y adecuada del espíritu humano como una totalidad orgánica mediante la elaboración científica de las observaciones*. Este es el círculo en torno al cual todos los esfuerzos psicológicos se mueven y, al mismo tiempo, la tarea que éstos deben resolver. Todo lo demás que, de acuerdo con la naturaleza del asunto, les pueda ser exigido como consecuencia y efecto, se desprende y debe desprenderse por sí mismo de la esencia descrita. No es suficiente entender los hechos, ordenarlos y entregar sus fundamentos empíricos comunes. Porque en tal caso el procedimiento científico podría fácilmente confundirse con el lógico. Una ciencia nunca tiene su origen en el ordenamiento lógico. Éste no puede faltar en una ciencia, pero tampoco puede exceder sus propios límites. Pues tan cierto es que la razón no es lo más elevado de la mente humana y que debe jugar un rol subordinado, como que su producto, el orden lógico, debe mantenerse dentro de sus límites. Sólo el espíritu humano en su totalidad, con impulso y sentido, forma la ciencia y ésta nace en el funcionamiento unido y natural de todas las fuerzas, con la racionalidad en su centro. Como el tratamiento verdaderamente científico del material que la experiencia

aporta siempre procede del funcionamiento armonioso de un todo orgánico, la ciencia se muestra siempre como una formación orgánica viva⁸. Por lo tanto, ella mantiene a cada momento su principio constructivo, a partir del cual todo se forma, y al cual, como su centro, todo retorna, y a través del cual se produce la verdadera y viva unidad en la multiplicidad de la experiencia. Podemos llamar a este principio como nos plazca; llamémosle incluso, desde un punto de vista empírico, *hipótesis* --si tomamos esta palabra, de bastante mala reputación, solo en su buen sentido original--. Este principio es siempre necesario y siempre el mismo. En sus observaciones e investigaciones, el psicólogo *autónomo* no puede dar por supuesto este principio y menos aún debe empezar a inventar uno nuevo. Debe más bien ser el resultado de la contemplación múltiple y completa de su objeto, el espíritu humano, y de sus experiencias sobre sí mismo. Debe, en consecuencia, ser un producto de la contemplación y la experiencia. Antes que el psicólogo haya encontrado este principio, no ha de pensar en ningún procedimiento científico. La experiencia y la naturaleza le darán las indicaciones sobre cómo proceder⁹. Él sólo debe entender cómo usarlas. Cuando las haya reconocido con claridad, lo mismo que el principio mismo forma al espíritu humano, el psicólogo dejará que la ciencia surja de este principio para que ésta sea una imagen fiel de aquel espíritu. La psicología sigue siendo ciencia *empírica* con este procedimiento, pero no puede ser *ciencia* sin este principio --entendiendo que ciencia es más que un conjunto ordenado de experiencias. Sin embargo, el principio necesariamente sólo aparecerá bajo la contraposición general a la que todas las cosas están sometidas y por la cual todas las cosas son distintas. Su unidad constituye a la totalidad. No se trata ésta de una contradicción lógica, sino que tiene realidad. Se la ha denominado positivo y negativo. Cualquiera sea el nombre que se le de a la contraposición, cuya unidad da lugar al *espíritu humano*, ella es siempre necesaria y permanece siempre real. Como todo lo espiritual, ella puede ser considerada en un doble aspecto: o bien como existente en el presente (en el ser, aunque no de un modo espacial) o bien en el transcurrir del tiempo (en el llegar a ser). En este punto nos faltan palabras plenamente designativas. Tal vez el aspecto positivo de la contraposición sería el *impulso*, en tanto éste existe en el momento presente, y lo negativo el *sentido* (no la así llamada espontaneidad y receptividad). Pero en tanto la contraposición se despliega a través del tiempo, constituyendo de esa manera al círculo de la vida y al desarrollo, lo positivo se puede denominar *vida extensiva* y lo negativo *vida intensiva*. Impulso y sentido se replican en ambos sexos (tomados éstos no solo en lo meramente físico, sino también en lo psíquico); vida extensiva e intensiva, por otro lado, se reflejan en lo que el lenguaje cotidiano, de modo general, denomina *temperamento*¹⁰. La ciencia debe darnos una representación fidedigna de cómo a partir del impulso y del sentido,

⁸ Sería vano establecer normas para el proceder científico y querer compartirlas. Las reglas nunca se extienden más allá de lo mecánico, mientras que la ciencia es una obra del espíritu libre.

⁹ Si se duda de la posibilidad de tal tratamiento de la experiencia y de la naturaleza, considérese qué es la experiencia para un Ritter, un Sömmerring y otros hombres del mismo tipo. [Nota del traductor: Se refiere a Johann Wilhelm Ritter, físico y filósofo de fines del S. XVIII, precursor de la electroquímica y a Samuel Thomas Sömmerring, anatomista e inventor alemán de fines del S. XVIII].

¹⁰ No es este el lugar para desarrollar este punto. Pertenece a la ciencia misma.

mediante sus relaciones e intercambios con el mundo exterior (al cual pertenece todo lo que no es el individuo), gradualmente se forman las diversas actividades, cómo poco a poco se desarrollan impresiones, ideas y conceptos, apetencias e inclinaciones, el sentimiento, etc., y bajo qué leyes se forman. Debe indicarnos además cómo el espíritu se manifiesta en lo extensivo e intensivo de la vida y a qué cambios está sujeta su actividad. La ciencia debe dar forma al espíritu humano y expandirlo; debe comenzar y completar el círculo de su vida.